

Autoridades de Maranchón, señoras y señores, amigos todos, los de aquí y quienes nos honran en este día entrañable con su presencia.

Constituyó para mí un gran honor el que en fechas pasadas la nueva Corporación Municipal de Maranchón me propusiese como pregonero de sus fiestas de agosto. Uno ya está un poco avezado en este tipo de papeles, pero siempre lo quiera o no, se siente un nerviosismo, una pequeña inquietud que no es ni más ni menos que el querer que las cosas salgan lo mejor posible.

Hace algún tiempo, un amigo que tenía que pronunciar el pregón de las fiestas de otro pueblo de Guadalajara, me preguntó, algo nervioso por ser la primera vez, cómo debía hacer dicho pregón. Yo le contesté que debe constar de una serie de ingredientes: en primer lugar, hay que demostrar que se es agradecido.

Por eso desde este mismo momento agradezco sinceramente a la Corporación Municipal y a su Presidente, el que sea este humilde escritor quien les ofrezca estas palabras escritas más con buena fe que con buena literatura.

Y gracias, especialmente, al pueblo entero de Maranchón que así demuestra su confianza en este Cronista.

En segundo lugar, según los esquemas que seguimos, no deben quedar atrás algunas breves alusiones a la Historia, Arte y Folklore de Maranchón, aunque ya sé que buena parte de ella ya es conocida a través de ese interesante libro de Nicanor Fraile y de las diversas colaboraciones que a lo largo de los años hemos venido realizando en otros tantos programas de fiestas, como el de este mismo año, o en revistas especializadas, que hace poco tiempo se han recogido en un sencillito librito a fin de dejar constancia cara al futuro.

No es pues ahora el momento más adecuado para relatar viejas historias.

Sobre sus edificios qué os voy a decir, si a la vista de todos están. Sí destacar la hermosa iglesia y su torre, la otra torre municipal con su reloj y muy especialmente, la ermita de la Virgen de los Olmos, patrona y madre de Maranchón, por quien se celebran estas fiestas de verano.

Atrás queda la memoria de aquellos prohombres como don Juan Bautista Sacristán y

Martínez-Atance, que llevaron el nombre de Maranchón al otro lado del Atlántico.

También un leve recuerdo a las fiestas tradicionales de San Pascual Baylón, donde se baila el conocido "pollo", marchamo y garantía de cuanto significa el maranchonero. Un baile que convendría mantener vivo en el espíritu de todos puesto que al igual que el resto del patrimonio forma parte esencial de la Cultura de todos. Algo que hemos recibido de nuestros antepasados y que debemos transmitir en su primitiva pureza a las generaciones venideras.

Esa es una de las grandes responsabilidades que tenemos quienes de una y otra manera participamos activamente de los quehaceres cotidianos de los pueblos de esta entrañable provincia de Guadalajara. Luchar activamente para que lo que aún tenemos, permanezca. Y, sin pensar más allá, tendremos que darnos cuenta que nuestro mejor patrimonio, el auténtico patrimonio por excelencia, lo constituye el pueblo: las personas que cada día, con su esfuerzo y su trabajo logran hacer un Maranchón mejor, más feliz y cómodo, con mayor calidad de vida. No es labor única y exclusiva de los políticos, de los hombres y mujeres que han sido elegidos en las urnas por deseo de la comunidad: es labor de todos y cada uno de nosotros.

Pero lejos de querer hacer de este pregón una alusión a determinados programas culturales o socio-culturales, proseguiremos con el plan anunciado.

El tercero y último ingrediente del pregón es la alusión al concepto de fiesta.

Hay algo que debe tenerse en cuenta. La fiesta no es más que una imitación de la obra divina. Cuando Dios terminó la Creación pensó en descansar y para ello instituyó el domingo, el "Dies Dominica". Si extrapolamos el concepto no a la semana, sino al ciclo del año, nos daremos cuenta que nuestra fiesta, la fiesta de Maranchón, al igual que otras muchas fiestas del mundo rural, de los pueblos de economía agrícola y ganadera, pero sobre todo agrícola, forman parte de un ciclo que no coincide con el comienzo del calendario administrativo, propiamente dicho.

Después de un largo periodo en que el hombre ha tenido que estar sujeto a la tierra, a través de las distintas labores que la hagan fértil y